



## EL "ALMA SACERDOTAL" DEL CRISTIANO

MARIA MERCEDES OTERO

Una de las innumerables gracias que puso Dios en el alma de Mons. Escrivá de Balaguer fue hacerle participar de modo intensísimo de la vida de Cristo, de su afán redentor. Dios le concedió que viviera de manera singular la identidad con Cristo que predicaba para todo sacerdote: «¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo». Y añadía como quien lo tiene bien experimentado: «Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo!»<sup>1</sup>.

La vida entera del Fundador del Opus Dei ha sido una vida sacerdotal en íntima identificación con los sentimientos sacerdotales de Cristo Jesús. Todos los gestos de su existencia, hasta los más intrascendentes en apariencia, estaban profundamente penetrados de ese afán mediador: interceder continua y confiadamente a Dios por las almas y acercar a millares de personas, una a una, al amor paterno de Dios, transmitiéndoles con amable vibración las riquezas insondables de la vida cristiana. Así lo testimonia el actual Presidente General del Opus Dei: «Hablar de Dios, acercar los hombres al Señor: así lo he visto desde que lo conocí, en 1934»<sup>2</sup>.

Anticipándose a la doctrina que proclamará solemnemente el Concilio Vaticano II, como ha manifestado Juan Pablo II<sup>3</sup>, contempla la

1. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Sacerdote para la eternidad*, Ed. Palabra, Madrid, 1973, p. 19.

2. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Ed. Rialp, Madrid, 1973, A. DEL PORTILLO, *Presentación*, p. 8.

3. «La vostra istituzione ha come fine la santificazione della vita rimanendo nel mondo, sul proprio posto di lavoro e di professione: vivere il Vangelo nel mondo, pur vivendo immersi nel mondo, ma per trasformarlo e redimerlo col proprio amore a Cristo! Grande ideale, veramente, il vostro, che fin dagli inizio ha anticipato quella teologia del laicato, che caratterizzò poi la Chiesa del Concilio e del post-Concilio» (JUAN PABLO II, *Homilia*, 19-VIII-1979).

Iglesia en este mundo como la totalidad del Pueblo de Dios, *el conjunto de todos los fieles cristianos* llamados a la santidad<sup>4</sup>, que han de continuar en el tiempo, cada uno según sus específicas circunstancias, la misión redentora y santificadora de Jesucristo, Cabeza de su Cuerpo Místico que es la Iglesia<sup>5</sup>.

La vibración sacerdotal de su corazón le urge a dar a conocer esta verdad capital: «He predicado constantemente esta posibilidad, sobrenatural y humana, que Nuestro Padre Dios pone en las manos de sus hijos: participar en la Redención operada por Cristo»<sup>6</sup>. Y el itinerario que recorre para manifestarla incansablemente es el mismo que deseó Cristo para llevar a término la Redención: «*Servir, ocultarse y desaparecer*: un programa de alma sacerdotal. Estas líneas maestras, trazadas con constancia en su actuación diaria, definen su vida»<sup>7</sup>.

Con su existencia entera supo ser *Cristo que pasa*, se acerca, se queda como en Emaús<sup>8</sup> para abrir la inteligencia de tantos a la comprensión gozosa de que es posible vivir en la tierra siendo *alter Christus, ipse Christus*.

## I. EL SACERDOCIO ETERNO DE CRISTO

Jesucristo es el único y perfecto Mediador entre Dios y los hombres<sup>9</sup>, por ser *Perfectus Deus, Perfectus Homo*<sup>10</sup>: «Jesús es el Camino, el Mediador; en El todo; fuera de El, nada»<sup>11</sup>. Es el único Sacerdote perfecto, sólo El realiza la plenitud del sacerdocio, «con la propia sangre entró una sola vez en el Santuario, obteniéndonos la redención eterna»<sup>12</sup>. Cristo hombre no se arroga para Sí este título; es Dios Padre quien le constituye como Pontífice perfecto, por obra del Espíritu Santo. La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, está en el origen de este inefable misterio de la reconciliación del hombre caído con Dios<sup>13</sup>.

4. Cfr. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 3.<sup>a</sup> ed., Ed. Rialp, Madrid, 1969, n. 112.

5. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 7-8.

6. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, 2.<sup>a</sup> ed., Ed. Rialp, Madrid, 1977, n. 263.

7. J. ECHEVARRÍA, *Servir: una enseñanza perenne de Mons. Escrivá de Balaguer*, en «Mundo Cristiano», VII-77, p. 17.

8. Cfr. *Es Cristo que pasa*, nn. 105, 108 y 109.

9. 1 Tim II,5.

10. *Símbolo Quicumque*, Dz 76.

11. *Es Cristo que pasa*, n. 91.

12. Hebr IX, 12.

13. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

La función mediadora por la que transmite a los hombres los bienes divinos y reconcilia con Dios todas las cosas <sup>14</sup> es realizada por Cristo a lo largo de toda su vida, desde el momento mismo de la Encarnación, en obediencia plena a la voluntad del Padre <sup>15</sup>. «Este fuego, este deseo de cumplir el decreto salvador de Dios Padre, llena toda la vida de Cristo, desde su mismo nacimiento en Belén» <sup>16</sup>.

La profundización en el valor redentor, de *toda* la vida de Cristo es uno de los aspectos que vio y expresó con particular fuerza Mons. Escrivá de Balaguer y constituye uno de los puntos capitales de su enseñanza, por las implicaciones que encierra en relación con el espíritu mismo del Opus Dei: «En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación» <sup>17</sup>.

Esta verdad es de fundamental importancia, porque el modo en que Jesucristo ejerce en el tiempo su sacerdocio eterno será paradigma para el cristiano que ha de ejercerlo en el mundo, siguiendo en todo las huellas de Cristo que asumió con su vida y con sus obras todas las realidades humanas nobles, devolviéndolas santificadas a Dios Padre. «En rigor, no se puede decir que haya nobles realidades exclusivamente profanas, una vez que el Verbo se ha dignado asumir una naturaleza humana íntegra y consagrar la tierra con su presencia y con el trabajo de sus manos. La gran misión que recibimos, en el Bautismo, es la corredención. Nos urge la caridad de Cristo (cfr. 2 Cor V, 14), para tomar sobre nuestros hombros una parte de esa tarea divina de rescatar las almas» <sup>18</sup>.

Sin embargo, aunque toda la vida de Cristo tiene eficacia redentora, «esta obra de la Redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la antigua alianza, Cristo, el Señor, la realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión» <sup>19</sup>.

Leyendo los escritos del Fundador del Opus Dei, se advierte que en la asidua contemplación de Cristo en la Cruz ve el gesto sacerdotal por excelencia. En multitud de ocasiones le mira «cosido al madero, solo, con los brazos extendidos con gesto de sacerdote eterno» <sup>20</sup>, abrazando a toda la humanidad redimida.

14. Cfr. *Col* I, 19-20.

15. Cfr. *Hebr* X, 5-7.

16. *Es Cristo que pasa*, n. 95.

17. *Conversaciones*, n. 55.

18. *Es Cristo que pasa*, n. 120.

19. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 5.

20. *Amigos de Dios*, n. 240; cfr. *Santo Rosario*, 7.<sup>a</sup> ed., Ed. Rialp, Madrid, 1959, p. 97.



Cristo es no sólo sacerdote, sino víctima a la vez. Se ofreció a Sí mismo como oblación y hostia por nosotros. «Jesús se entregó a Sí mismo, hecho holocausto por amor» <sup>21</sup>, en un sacrificio perfecto <sup>22</sup> y sobreabundante <sup>23</sup>. El amor y la obediencia con que se entregó voluntariamente al Sacrificio redentor fueron más agradables a Dios que desagradables son todas las ofensas del género humano <sup>24</sup>.

El Sacerdocio de Cristo es perfecto y eterno. Ha sido constituido por Dios *sacerdos in aeternum* <sup>25</sup>. Desde el cielo continúa eternamente intercediendo al Padre por nosotros <sup>26</sup> con la misma intensidad que en la Cruz. Está sentado a la derecha del Padre «para comparecer en la presencia de Dios a favor nuestro» <sup>27</sup>. Es Abogado y su sacrificio en la Cruz está constantemente presente delante de Dios para obtener el perdón de nuestros pecados <sup>28</sup>. La presencia de su Santísima Humanidad con los signos de la Pasión en su cuerpo glorioso es una intercesión constante en favor de los hombres <sup>29</sup>, una elocuente súplica para que Dios tenga misericordia de los hombres por quienes su Hijo asumió esa naturaleza humana.

La reconciliación del género humano por Dios fue llevada a cabo de modo pleno y definitivo por la muerte redentora de Cristo en la Cruz. Sólo el sacrificio de Cristo podía tener fuerza propiciatoria ante la transcendental santidad de Dios <sup>30</sup>. Sin embargo, reciben el beneficio de su muerte, la Redención subjetiva, sólo aquellos a los que se aplican de modo personal los méritos de su Pasión <sup>31</sup>. Dios en su plan redentor desea que el hombre se incorpore personal y voluntariamente, en el momento en que es capaz de ello, a la vida divina: «Se puede decir que Cristo ha construido en el Calvario una piscina de purificación y de salvación que llenó con su sangre, por El vertida; pero, si los hombres no se bañan en sus aguas y no lavan en ellas las manchas de su iniquidad, no serán ciertamente purificados y salvados» <sup>32</sup>.

21. *Amigos de Dios*, n. 129.

22. Cfr. *Hebr* X, 11-18.

23. Cfr. *Rom* V, 20.

24. Cfr. SANTO TOMÁS, *S. Th.*, III, q.48, a.2, c.

25. *Ps* CIX, 3.

26. Cfr. *Hebr* VII, 25.

27. *Hebr* IX, 24.

28. Cfr. *1 Jn* II, 1.

29. Cfr. *S. Th.*, III, q.54, a.4, c.

30. «Ipse enim solus—Christus solus— potuit semperque potest esse vera et certa “propitiatio pro peccatis nostris... sed etiam pro totius mundi” (*1 Jn* II,2). Eius dumtaxat sacrificium—nullius alterius— potuit potestque habere vim propitiatoriam coram Deo, sanctissima Trinitate, eius sanctitate, quae omnia transcendit» (JUAN PABLO II, Ep. *Dominicae Cenaе*, 24-II-1980, n. 8., AAS, LXXII (1980), p. 129).

31. Cfr. CONCILIO DE TRENTO, Decreto *De iustificatione*, c.3, Dz 1523.

32. Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, AAS, XXXIX (1947), p. 551.



La infinita bondad de Dios ha querido llamar a cada uno de los hombres redimidos a ser corredentor, a prestar su colaboración, de acuerdo con el modo específico que El mismo haya previsto amorosamente desde la eternidad, para que los méritos inagotables de la Pasión de Cristo se apliquen a todas las almas. «Mirad: la Redención, que quedó consumada cuando Jesús murió en la vergüenza y en la gloria de la Cruz, *escándalo para los judíos, necesidad para los gentiles* (1 Cor I,23), por voluntad de Dios continuará haciéndose hasta que llegue la hora del Señor. No es compatible vivir según el Corazón de Jesucristo, y no sentirse enviado, como El, *peccatores salvos facere* (1 Tim I,15), para salvar a todos los pecadores, convencidos de que nosotros mismos necesitamos confiar más cada día en la misericordia de Dios. De ahí el deseo vehemente de considerarnos corredentores con Cristo, de salvar con El a todas las almas, porque somos, queremos ser *ipse Christus*, el mismo Jesucristo, y El *se dio a sí mismo en rescate por todos* (1 Tim II,6)»<sup>33</sup>.

## II. PARTICIPACIÓN DE TODOS LOS FIELES CRISTIANOS EN EL SACERDOCIO ETERNO DE CRISTO

### 1. *El cristiano, alter Christus, ipse Christus*

Mediante la incorporación a Cristo en el bautismo, el cristiano comienza a vivir una vida nueva, la misma vida de Cristo. La serena contemplación de los planes de la economía salvífica<sup>34</sup> ha llevado a Mons. Escrivá de Balaguer a enseñar de modo particularmente claro y vivo «la urgencia divina de ser cada uno otro Cristo, *ipse Christus*, el mismo Cristo»<sup>35</sup>. Afirmará de modo constante, con una fuerza que hunde sus raíces en las rotundas expresiones de la Sagrada Escritura<sup>36</sup>, que el cristiano vive la vida de Cristo. Unas semanas antes de que Dios le llamara a su presencia —el 7 de junio de 1975—, dirigía a un numeroso grupo de socios del Opus Dei estas palabras: «Vosotros estáis comenzando la vida. Unos comienzan y otros acaban, pero todos somos la misma Vida de Cristo».

33. *Es Cristo que pasa*, n. 121.

34. Cfr. P. RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana*, en «Scripta Theologica», 9 (1977), pp. 9-128.

35. *Amigos de Dios*, n. 6. La gracia es participación de la naturaleza divina en cuanto divina; por tanto por muy variados que sean los grados de intensidad con que se posea, es siempre *la misma realidad específica*. La vida sobrenatural de Cristo hombre y la de los demás hombres son unívocas y perfectamente homogéneas. Cristo, por la gracia capital, es «*principium quasi univocum et unius generis*» (SANTO TOMÁS, *In III Sent.*, d. 13, q.2, a.1).

36. Cfr. *Jn* VI, 53-58; *Jn* XV, 1-7; *Jn* XVII, 21-23; *Gal* II, 20; *Gal* IV, 19.

Esta enseñanza refleja continuidad doctrinal con algunos de los Santos Padres y Doctores en sus comentarios a los pasajes de la Sagrada Escritura que se refieren a la presencia y relaciones de Cristo y el cristiano<sup>37</sup>. Expresará la profunda riqueza del *ser en Cristo* al decir que el cristiano no es simplemente *alter Christus*, como una imagen de Cristo que surgiría de la sola imitación exterior, necesaria también, sino *ipse Christus*: «Cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!»<sup>38</sup>.

Hay unidad de vida divina entre Cristo y el cristiano, en Cristo *altior et prior*<sup>39</sup> y en los cristianos, por ser participación de la naturaleza divina, admite grados de intensidad<sup>40</sup>; pero aunque la intensidad con que el cristiano participe de esta vida sea mayor o menor, se trata siempre de una misma vida. El misterio de la Encarnación y de la Redención es «misterio de participación recíproca»<sup>41</sup>: Jesucristo se ha dignado hacerse partícipe de la naturaleza humana para hacernos *divinae consortes naturae*<sup>42</sup>. El Verbo es, por voluntad del Padre, Vida por esencia y principio de toda vida participada<sup>43</sup>. «La vida de Cristo

37. Cfr. S. IRENEO, *Adversus haereses*, 3, 17, 2; 24, 1; 5, 18 (PG 7, 930; PG 7, 966; PG 7, 1173). S. GREGORIO DE NISA, *Adversus Eunomium*, 1, 2, 12 (PG 45, 369; PG 45, 601; PG 45, 953); S. GREGORIO DE NISA, *Adversus Apollinarem*, 16, 21, 53 (PG 45, 1156; PG 45, 1257); S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *In Ioannis Evangelium*, 1, 14 (PG 73, 128). S. Agustín utilizará por primera vez la expresión *identificación con Cristo* al comentar la realidad del cristiano que *vive en Cristo* como se afirma en tantas ocasiones en las epístolas de San Pablo: «Demos gracias al Señor pues hemos venido a ser no solamente cristianos, sino Cristo; admirémonos, saltemos de júbilo, pues hemos llegado a ser Cristo» (S. AGUSTÍN, Tract. XXI *In Ioannis Evangelium*, 8-9, PL 35, 1439). Habla de una identidad misteriosa pero real —*identidad mística*— del cristiano con Cristo (cfr. S. AGUSTÍN, *Sermo* 133, PL 38, 734). En otros momentos precisa que no se trata de una identidad en el orden del ser: «El cristiano es Cristo sin dejar por eso de ser él mismo» (S. AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos*, PL 36, 154; PL 37, 1159). La mayoría de los escritores eclesiásticos posteriores, sin duda por temor a incurrir en una especie de *pancrístismo*, han hablado del cristiano como *alter Christus*, que no expresa en profundidad la riqueza del *ser en Cristo* de que habla la Sagrada Escritura.

38. *Es Cristo que pasa*, n. 104.

39. Cfr. S. Th., III, q.8, a.1.

40. Cfr. S. Th., I-II, q.112, a.4, ad 3.

41. Cfr. C. FABRO, *La nozione metafisica di partecipazione*, SEI, Torino, 1963, p. 313.

42. 2 *Pet* I, 4.

43. Comenta Santo Tomás: «Circa quod (scil. sicut Pater vitam in semetipso sic et Filius dedit habere vitam in semetipso, Jn. 6) sciendum est quod aliqui vivunt, sed non habent vitam in semetipsis sicut Paulus, Gal. 2, 20 *Quod autem nunc vivo in fide Filii Dei vivo; et iterum Vivo ego iam non ego, vivit vero in me Christus*. Vivebat ergo, sed non in semetipso sed in alio per quem vivebat; sicut et corpus vivit. Illud ergo in semetipso vitam habet, quod habet vitam essentialem non participatam, idest quod ipsum est vita. In quolibet autem genere rerum, quod est per essentiam est causa eorum quae sunt per participationem sicut ignis est causa omnis ignitorum. Quod



es vida nuestra, según lo que prometiera a sus Apóstoles, el día de la Última Cena: *Cualquiera que me ama, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él* (Ioh XIV,23)»<sup>44</sup>.

Esa identificación —y no simple semejanza y mutua presencia— con la vida de Cristo, se realiza en el orden de la operación. La gracia sobrenatural —que, en la actual economía, es *gratia Christi*: nos viene desde Cristo y nos hace semejantes a Cristo— y el influjo permanente de la Cabeza en los miembros dan al cristiano una configuración con Cristo en el orden entitativo, que permite una auténtica identificación —y no sólo semejanza— en el orden de las operaciones. Es decir, nuestras obras pueden y deben ser verdaderamente obras de Cristo. Se trata de dejar «que su vida se manifieste en nosotros»<sup>45</sup>, que dentro de nosotros sea principio de la vida que ha querido comunicarnos uniéndonos a El de modo análogo a como están unidos la cabeza y los miembros del cuerpo. «Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes»<sup>46</sup>.

Es necesario, por tanto, conocer y amar a Cristo, aunque de modo imperfecto en la vida presente; tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús, participando del conocimiento y amor de Cristo en cuanto hombre, y, mediante El, de las Tres Personas divinas. «El cristiano debe —por tanto— vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, *non vivo ego, vivit vero in me Christus* (Gal II,20), *no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí*»<sup>47</sup>.

Para alcanzar esa identidad de sentimientos, «para ser *ipse Christus* hay que mirarse en El. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de El detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas (...). Así nos sentiremos metidos en su vida». «Porque hemos de reproducir, en la nuestra, la vida de Cristo, conociendo a Cristo»<sup>48</sup>.

El cristiano puede ser introducido en la vida divina<sup>49</sup> porque la

---

ergo est per essentiam vita, est causa et principium omnis vitae in viventibus; et ideo ad hoc quod aliquid sit principium vitae requiritur quod sit per essentiam vita: et ideo congrue manifestat Dominus se totius vitae principium, dicens se habere vitam in semetipso, idest per essentiam, cum dicit: Sicut Pater habet vitam in semetipso, idest sicut est vivens per essentiam, ita et Filius: ideo sicut Pater est causa vitae, ita Filius suus» (SANTO TOMÁS, *Comm. in Evangelium Ioannis*, c. V, lect. 5).

44. *Es Cristo que pasa*, n. 103.

45. *Ibidem*, n. 104.

46. *Ibidem*, n. 174.

47. *Ibidem*, n. 103.

48. *Ibidem*, nn. 107 y 14.

49. Cfr. F. OCÁRIZ, *La Santísima Trinidad y el misterio de nuestra deificación*, en «Scripta Theologica», 6 (1974), pp. 363-390.



Persona divina del Verbo, en ese misterio de recíproca participación, ha hecho posible que su Humanidad Santísima esté de alguna manera presente con su virtualidad<sup>50</sup> de modo permanente en el cristiano, causando la gracia y *fundando* sobrenaturalmente todas sus operaciones, que pueden llamarse en verdad obras de Cristo porque participan de la vida de Cristo: «*Cristo vive en el cristiano*. La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está *endiosado*»<sup>51</sup>. Por eso «el apóstol no tiene otro fin que dejar obrar al Señor, mostrarse enteramente disponible, para que Dios realice —a través de sus criaturas, a través del alma elegida— su obra salvadora»<sup>52</sup>.

El cristiano que «acepta que en su corazón habite Cristo»<sup>53</sup>, participará también de su misión, «en todo su quehacer humano se encontrará —bien fuerte— la eficacia salvadora del Señor»<sup>54</sup> porque hablando propiamente ningún aspecto de la vida de Cristo puede separarse de su misión redentora: «No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con El una sola cosa. Esta es la razón de su venida al mundo: *por nosotros y por nuestra salvación, bajó del cielo, rezamos en el Credo*»<sup>55</sup>.

Del mismo modo en el cristiano, en todo cristiano «asumido» por Cristo por la gracia<sup>56</sup>, no puede haber ninguna actividad que no esté impregnada de ese afán redentor porque «abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención»<sup>57</sup>.

50. Cfr. E. HUGON, *La causalité instrumentale dans l'ordre surnaturel*, Téqui, Paris, 3ª. ed., 1924, p. 111.

51. *Es Cristo que pasa*, n. 103.

52. *Ibidem*, n. 120.

53. *Ibidem*, n. 183.

54. *Ibidem*.

55. *Ibidem*, n. 122.

56. S. Gregorio de Nisa en el *Adversus Eunomium*, con la palabra *asumir* designa no sólo la acción por la que el Verbo toma una naturaleza humana, sino también la acción de Cristo por la que hace participe al cristiano de su gracia, lo une a Si mismo para salvarlo: «*Quod non est assumptum, non est sanatum*» expresa la realidad del cristiano salvado, asumido por Cristo por la gracia, de modo semejante a como la naturaleza humana de Cristo es asumida por su Persona divina (cfr. S. GREGORIO DE NISA, *Adversus Eunomium*, 1, 2, 12, PG 45, 369; PG 45, 953).

57. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

## 2. El sacerdocio común de los fieles

En sentido estricto, sólo Jesucristo realiza en plenitud el sacerdocio. Pero la plenitud de gracia de Cristo, en los planes salvíficos de Dios, redundará en beneficio de su Cuerpo Místico. «Nuestro Señor Jesús, que el Padre santificó y envió al mundo (Ioh X,36) ha hecho participe a todo su Cuerpo Místico de aquella unción con la cual El ha sido ungido: en ese Cuerpo, en efecto, todos los fieles forman un sacerdocio santo y real»<sup>58</sup>.

Dios ha querido hacer participe al cristiano del carácter pleno y definitivo del Sacerdocio de Cristo, para seguir manteniendo su presencia redentora entre los hombres: «¡Siempre Cristo *que pasa*! Cristo, que sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos, los cristianos»<sup>59</sup>.

El sacerdocio —común y ministerial— y todo acto de culto, no es más que una prolongación visible, por participación, del Sacerdocio eterno de Cristo, ya que todo don en el orden sobrenatural, desde el nuevo plan de la economía salvífica instaurado por la Encarnación del Verbo, es participación de la plenitud de dones que Cristo posee<sup>60</sup>. La participación en la plenitud del Sacerdocio de Cristo hace al cristiano sacerdote: «*omnes Christi fideles, in quantum sunt membra eius (...) sacerdotes dicuntur*»<sup>61</sup>. Todos los cristianos participan de un sólo sacerdocio, el de Cristo, aunque de modo esencialmente diverso según los sacramentos que hayan recibido<sup>62</sup>.

La eficacia mediadora de las obras sacerdotales del cristiano procederá de que son participación de las obras de Cristo, fundadas *in Christo Iesu*; puede decirse así que son obra del mismo Cristo sacerdote por medio del cristiano<sup>63</sup>. Para ello es preciso que el cristiano

58. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 2.

59. *Es Cristo que pasa*, n. 71.

60. *Jn* I, 16.

61. SANTO TOMÁS, *De regimine principum*, I, 14.

62. Cfr. A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el Sacerdocio*, 2.<sup>a</sup> ed., Ed. Palabra, Madrid, 1970, pp. 42-43.

El cristiano es constituido sacerdote uniéndose a Cristo, participando de algún modo de la Unión hipostática. Lo que imprime en el alma del cristiano el carácter sacramental es «*quaedam participatio sacerdotii Christi, a Christo derivata*» (*S. Th.*, III, q.63, a.4, c). De modo análogo a como «Cristo es el Ungido por la Unión hipostática, el cristiano es «ungido» por la unción sacramental del carácter» (cfr. J. I. SARANYANA, *Carácter sacramental y Sacerdocio de Cristo*, en «*Scripta Theologica*», 9 (1977), p. 559).

63. Santo Tomás apoyándose en la causalidad instrumental de la Humanidad de Cristo en la obra de nuestra salvación, explica que la naturaleza humana participa de la virtud de la naturaleza divina como el instrumento participa de la operación del agente principal, y añade: «*Christus autem ut Dominus auctoritate et virtute propria nostram salutem operatus est, in quantum fuit Deus et homo... Oportet igitur minis-*

pueda tener participada la capacidad de cooperar —activa o pasivamente— al culto exterior de Dios sobre la tierra que ha sido iniciado y llevado a cabo de modo perfectísimo por Cristo. Esta capacidad es el *carácter sacramental* por el que todos los cristianos, y los sacerdotes en particular, son configurados al Sacerdocio de Cristo <sup>64</sup>. El ejercicio de la mediación sacerdotal será realizado por el cristiano de modo participado, en relación con la plenitud extensiva e intensiva de la mediación de Cristo, pero de modo real porque recibe su divinización por participación de la naturaleza divina <sup>65</sup>.

La excelsa vocación a participar del único Sacerdocio de Cristo, común a todo fiel cristiano, para ser entendida en profundidad ha de contemplarse en estrecha relación con el sacerdocio ministerial y subordinada a éste. La relación entre ambos sacerdocios es expuesta con toda claridad por el Concilio Vaticano II expresando la fe de la Iglesia: «El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo» <sup>66</sup>.

La diferencia no es sólo de grado, sino esencial <sup>67</sup>: «Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental» <sup>68</sup>.

Por el Sacramento del Orden, el sacerdote queda configurado de modo específico con el Sumo Sacerdote y puede obrar en persona de Cristo-Cabeza. Juan Pablo II recordaba esta doctrina con particular claridad y fuerza en su viaje a Brasil, citando unas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer: «Jesús nos identifica de tal modo consigo en el ejercicio de los poderes que nos confirió, que nuestra personalidad es como si desapareciese delante de la suya, ya que es El quien actúa por medio de nosotros. “Por el Sacramento del Orden —dijo alguien acer-

---

tros Christi homines esse et aliquid Divinitatis Eius participare secundum aliquam spiritualem potestatem: nam et instrumentum aliquid participat de virtute principalis agentis» (C. G., IV, 74).

64. Cfr. C. FABRO, *La nozione*, p. 311. Santo Tomás afirma: «Totus ritus christianae religionis derivatur a sacerdotio Christi. Et ideo manifestum est quod character sacramentalis specialiter est character Christi cuius sacerdotio configurantur fideles secundum sacramentales characteres, qui nihil aliud sunt quam quaedam participationes sacerdotii Christi ab ipso Christo derivatae» (S. Th., III, q.63, a.3).

65. «Solus autem Christus Spiritum Sanctum habuit ad plenitudinem (...). Alii autem sancti de eius plenitudine receperunt, et participes facti sunt, non quidem substantiae sed distributionum eius» (SANTO TOMÁS, *Comm. in Ep. ad Hebr.*, c. VI, lect. 1).

66. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10.

67. Cfr. *Sacerdote para la eternidad*, p. 27.

68. *Ibidem*, p. 19.



tadamente—, el sacerdote se capacita efectivamente para prestar a Nuestro Señor la voz, las manos, todo su ser; es Jesucristo quien, en la Santa Misa, con las palabras de la Consagración, cambia la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo y en su Sangre”<sup>69</sup>.

Los demás fieles están incorporados a Cristo y viven su misma vida; sin embargo no tienen potestad para actuar *in persona Christi* en el Sacramento del altar<sup>70</sup>. «La mediación salvadora entre Dios y los hombres se perpetúa en la Iglesia por medio del Sacramento del Orden, que capacita —por el carácter y la gracia consiguientes— para obrar como ministros de Jesucristo en favor de todas las almas»<sup>71</sup>. El poder sublime que confiere el orden sacerdotal a quienes lo reciben, no lo poseen los laicos que, en su acción apostólica, se encuentran ante lo que Mons. Escrivá de Balaguer llama gráficamente el «muro sacramental»: «En el apostolado, al conducir a las almas por los caminos de la vida cristiana, se llega al *muro sacramental*. La función santificadora del laico tiene necesidad de la función santificadora del sacerdote, que administra el sacramento de la Penitencia, celebra la Eucaristía y proclama la Palabra de Dios en nombre de la Iglesia»<sup>72</sup>.

Esto no significa de ningún modo una minusvaloración del fiel cristiano laico: «Una y la misma es la condición de los fieles cristianos, en los sacerdotes y en los seglares, porque Dios Nuestro Señor nos ha llamado a todos a la plenitud de la caridad, a la santidad (...). Ni como hombre ni como fiel cristiano el sacerdote es más que el seglar»<sup>73</sup>, sólo el modo de participar del sacerdocio de Cristo es esencialmente diverso.

Por el carácter sacramental del Bautismo y la Confirmación, todos los fieles cristianos son configurados con Cristo Sacerdote y, unidos a El, según su condición, pueden dar a Dios un culto perfecto, digno de El: «Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, *para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo* (1 Pet II,5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre»<sup>74</sup>.

El culto agradable a Dios es en primer lugar la entrega de la propia vida, poner a disposición de Dios todo el ser y el obrar, para que mediante ellos se actúe la Redención. Cuando el cristiano recibe los

69. JUAN PABLO II, *Homilía*, 2-VII-80, n. 4, «L'Osservatore Romano», 13-VII-80.

70. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 2.

71. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Lealtad a la Iglesia*, Ed. Palabra, Madrid, 1973, p. 53.

72. *Conversaciones*, n. 69.

73. *Sacerdote para la eternidad*, pp. 15 y 24.

74. *Es Cristo que pasa*, n. 96.

sacramentos, todo su ser se convierte en materia apta para ser ofrecida en sacrificio grato a Dios: «Ahora querría que sacáramos las consecuencias que yo procuro sacar personalmente siempre que consagro un altar», decía Mons. Escrivá de Balaguer el 24 de mayo de 1975 en el Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad: «Nosotros también somos altares dedicados a Dios. El Señor tiene que venir a aposentarse —lo ha dicho Jesús, no yo: *regnum meum intra vos est*, mi Reino está dentro de vosotros—, a habitar dentro de nuestra alma: en nuestro trabajo, en nuestros afectos, en nuestras alegrías, en nuestras penas, que no son tan grandes, son pequeñas (...). Sentirse altar de Dios, cosa de Dios, lugar donde Dios hace su sacrificio, el sacrificio eterno según el orden de Melquisedec».

### III. EL ALMA SACERDOTAL DEL CRISTIANO

Mons. Escrivá de Balaguer ha expresado, con nueva claridad y profundidad teológica, la realidad del sacerdocio común de todos los fieles. Esta doctrina, elaborada a partir de las fuertes expresiones de la Sagrada Escritura<sup>75</sup> se encuentra en la predicación de los Santos Padres desde el comienzo mismo del cristianismo. El Fundador del Opus Dei afirma que le «llena de alegría encontrar esta doctrina en los textos de los Padres de la Iglesia»<sup>76</sup>.

Sin embargo, la realidad teológica del *alma sacerdotal* como algo propio de todos los fieles cristianos, hombres y mujeres, es tema en gran parte original de su predicación, al que se referirá de muy diversos modos.

La penetración con que ha sabido ver y expresar esta realidad es una lógica consecuencia de la detenida contemplación del misterio de la Redención, al que también misteriosamente quiere Dios unir al hombre como instrumento suyo: «La obra de la salvación sigue cumpliéndose, y el Señor quiere servirse de nosotros: desea que los cristianos

75. Cfr. *Ex* XIX, 5-6; *Is* LXI, 3-6; *Rom* XII, 1; *1 Pet* II 4-5, 9-10; *Philip* II, 5; *Apoc* I, 5-6.

76. *Amigos de Dios*, n. 263. Cfr. S. CIPRIANO, *Epistula* 76, 3; PL 4, 417; S. LEÓN MAGNO, *Sermo* 4, 1; PL 54, 149; S. FULGENCIO DE RUSPE, *Epistula* 12, c. 11, 24; PL 65, 390; ORÍGENES, *In Lev. hom.*, 9, 1; PG 12, 508 D-509 A; *In Lev. hom.*, 9,9; PG 12, 522 A; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Adumbrat. in 1 Pet.*, fragm. 1; PG 9, 730 B. Cfr. también S. EFRÉN, *De Poenitentia*. Esta doctrina ha sido expuesta también en diversos documentos del Concilio Vaticano II: «Baptizati enim, per regenerationem et Spiritus Sancti unctionem consecrantur in domum spiritualem et sacerdotium sanctum, ut per omnia opera hominis christiani spirituales offerant hostias» (CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10). Cfr. *Ibid.* n. 34; Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 7; decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 2.

abramos a su amor todos los senderos de la tierra; nos invita a que propaguemos el divino mensaje, con la doctrina y con el ejemplo, hasta los últimos rincones del mundo. Nos pide que, siendo ciudadanos de la sociedad eclesial y de la civil, al desempeñar con fidelidad nuestros deberes, cada uno sea otro Cristo, santificando el trabajo profesional y las obligaciones del propio estado»<sup>77</sup>.

Acuña la expresión *alma sacerdotal* para expresar la disposición habitual de ejercer la propia participación —común o ministerial— en el Sacerdocio eterno de Cristo. No se limita a hacer una exposición teórica de esta verdad, rica en contenido teológico, sino que sobre todo ha abierto camino, recorriéndolo primero, para que el cristiano que está inmerso en el mundo, ponga en ejercicio su sacerdocio, y oriente los diversos actos que realiza bajo el impulso del alma sacerdotal, convirtiendo *todas sus actividades* en oración y sacrificio. La mediación sacerdotal se ejercita a través de las ocupaciones ordinarias más comunes que, informadas por la caridad, son verdadero sacrificio espiritual<sup>78</sup>.

«Se comprende, hijos, que el Apóstol pudiera escribir: *todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios* (1 Cor 3, 22-23). Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor. Y para que quedara claro que —en ese movimiento— se incluía aun lo que parece más prosaico, San Pablo escribió también: *ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Cor 10,31)»<sup>79</sup>.

Como en la vida de Cristo todas sus acciones están penetradas del afán redentor que lleva en su Corazón, el cristiano, que participa de esos mismos sentimientos<sup>80</sup>, ha de saber corredimir con toda su existencia. Subraya con gran fuerza que la vida entera ha de estar colmada de sentido sacerdotal para que se convierta «en una continua alabanza a Dios: oración y reparación constantes, petición y sacrificio por todos los hombres. Y todo esto, en íntima y asidua unión con Cris-

77. *Es Cristo que pasa*, n. 150.

78. En sentido estricto, es sacrificio espiritual la entrega de las potencias espirituales, porque por ellas el hombre se une a Dios y le reconoce como Dueño y Señor suyo, pero pueden ofrecerse a Dios también las acciones corporales porque participen de la espiritualidad del alma en cuanto que proceden de la inteligencia y la voluntad. Con la Encarnación del Verbo, todas las acciones humanas, incluso las más comunes, se han dignificado por contacto con la naturaleza divina. «Et licet corpus non sit immediatum subiectum gratiae, ex anima tamen redundat effectus gratiae ad corpus: dum in praesenti 'membra nostra exhibemus arma iustitiae Deo' (Rom VI, 13)... et in futuro corpus nostrum sortietur incorruptionem et gloriam animae» (S. Th., III, q. 79, a. 1, ad 3).

79. *Conversaciones*, n. 115.

80. Cfr. *Philip II*, 5.



to Jesús, en el Santo Sacrificio del Altar», afirmaba en 1955. Toda la existencia del cristiano puede incorporarse a la tarea redentora, porque el alma sacerdotal entraña en germen todas las virtudes necesarias para hacer fructificar en obras el sacerdocio espiritual recibido en el Bautismo. Así, la fe proporciona claridad a la mirada para que la actividad diaria —trabajo profesional, relaciones sociales, familiares—, se convierta en lugar de encuentro con Dios; la caridad urge a hacer de la propia vida holocausto, lleva necesariamente al apostolado, a desear que las criaturas den gloria a Dios.

### 1. *La Santa Misa, centro y raíz de la vida del cristiano*

La vida de los fieles unidos a Cristo por la gracia es toda ella verdadero culto espiritual, porque Cristo al incorporar a Sí mismo a los miembros de su Cuerpo Místico les hace tomar parte en su sacrificio al Padre<sup>81</sup>. Pero esta unión al Sacerdocio de Cristo se consuma cuando *per sacerdotis manus et una cum ipso* todos los actos de culto interior se unen de modo sacramental y pleno al Sacrificio de la Misa, que es el Sacrificio del Calvario presente sacramentalmente en nuestros altares<sup>82</sup>. Es decir hay dos grados en el ofrecimiento de los fieles a Dios, uno en el altar del propio corazón y otro durante la celebración de la Santísima Eucaristía<sup>83</sup>.

Esta consumación se lleva a cabo de diversos modos. De un modo general, en cada Misa el sacerdote ofrece toda la Iglesia, es decir los sacrificios espirituales de todos los fieles. Y de un modo particular cada uno de los fieles cristianos que asiste al Santo Sacrificio de la Misa une toda su vida al Sacrificio de Cristo<sup>84</sup>.

El Fundador del Opus Dei dirá que la Santa Misa es *centro y raíz* de la vida espiritual del cristiano, verdad expresada más tarde de modo

81. «Idem ipse unus verusque Mediator, per sacrificium pacis reconcilians nos Deo, unum cum illo maneret cui offerebat, unum in se faceret pro quibus offerebat, unus ipse esset qui offerebat, et quod offerebat» (S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, l. IV, c.14, n.19, PL 42, 901).

82. «Nos credimus Missam, quae a sacerdote in persona Christi, vi potestatis per Sacramentum Ordinis receptae, celebratur, quaeque ab eo Christi et membrorum eius Mystici Corporis nomine offertur, revera esse Calvariae Sacrificium, quod nostris in altaribus sacramentaliter praesens efficitur» (PABLO VI, *Solemnis professio fidei*, AAS LX (1968), n. 24, p. 442).

83. Vid. Respuesta de la Comisión de disciplina cleri et populi al *textus recognitus* del decreto *De Presbyterorum ministerio et vita*, n. 2, 7-XII-1965, modus 31.

84. Pío XII recuerda: «Neque christiani obliviscantur semet ipsos suasque sollicitudines, dolores, angustias, misérias, necessitatesque una simul cum divino Capite Cruci suffixo offerre» (Enc. *Mediator Dei*, AAS XXXIX (1947), p. 560).

semejante por el Magisterio de la Iglesia<sup>85</sup>; y la explica así: «Es el Sacrificio de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo: oblación de valor infinito, que eterniza en nosotros la Redención, que no podían alcanzar los sacrificios de la Antigua Ley.

»La Santa Misa nos sitúa de ese modo ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia. Así se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano. Es el fin de todos los sacramentos (cfr. Santo Tomás, *S. Th.*, III, q. 65, a. 3). En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación. *Cuando participamos de la Eucaristía*, escribe San Cirilo de Jerusalén, *experimentamos la espiritualización deificante del Espíritu Santo, que no sólo nos configura con Cristo, como sucede en el Bautismo, sino que nos cristifica por entero, asociándonos a la plenitud de Cristo Jesús (Catecheses, 22,3)*»<sup>86</sup>.

La Santa Misa es también cumbre de la vida cristiana porque todas las demás acciones se consuman en ella: el ofrecimiento interior que hace el fiel cristiano que asiste a ella, si es sincero, continuará a lo largo del día: «Hemos de amar la Santa Misa que debe ser el centro de nuestro día. Si vivimos bien la Misa, ¿cómo no continuar luego el resto de la jornada con el pensamiento en el Señor, con la comezón de no apartarnos de su presencia, para trabajar como El trabajaba y amar como El amaba?»<sup>87</sup>.

La diversidad esencial entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los fieles se pone especialmente de manifiesto en la celebración del Santo Sacrificio de la Misa.

Jesucristo, que realizó solo la inmolación cruenta en el Calvario, ha querido perpetuar su sacrificio de modo sacramental por medio del sacerdote<sup>88</sup>. «A través de la figura y de la acción del sacerdote —que actúa, repetimos, no sólo en nombre, *sino en la misma persona* de Cristo Cabeza (cfr. Conc. Trid., sess. XXII, cap. II; Pio XII, Encíclica *Mediator Dei*, 20 nov. 1947: AAS, XXXIX (1947), p. 553; Conc. Vaticano II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, nn. 10 y 28; Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 2)— el único y eterno Sacerdote recuerda a los hombres que su encarnación, su pasión y su muerte y su resurrección

85. «Sacrificium eucharisticum, totius vitae christianae fontem et culmen...» (CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11).

86. *Es Cristo que pasa*, nn. 86 y 87.

87. *Ibidem*, n. 154.

88. «Hinc Presbyteri a Deo, ministrante Episcopo, consecrantur, ut, participes Sacerdotii Christi speciali ratione effecti, in Sacris celebrandis tamquam ministri agant Eius, qui suum sacerdotale munus per Spiritum suum iugiter pro nobis in Liturgia exercet» (CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 5).

ción no son un acontecimiento que pueda ser relegado al archivo de la humanidad, al baúl de los recuerdos, sino una punzante realidad siempre actual, continuamente actualizada en la Eucaristía, Sacrificio de Cristo, punto focal de la vida de la Iglesia»<sup>89</sup>.

El sacerdote en el altar es Cristo; «es Jesucristo quien, en la Santa Misa, con las palabras de la Consagración, cambia la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo, su Alma, su Sangre y su Divinidad.

»En esto se fundamenta la incomparable dignidad del sacerdote. Una grandeza prestada, compatible con la poquedad mía»<sup>90</sup>, confiesa con humildad sentida el Fundador del Opus Dei.

Los fieles toman también parte activa en la celebración del Sacrificio de la Misa en virtud de su participación en el Sacerdocio de Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico: «No sólo ofrecen el Sacrificio los sacerdotes, sino también todos los fieles; pues lo que se realiza especialmente por el ministerio de los sacerdotes, se obra universalmente por el deseo de los fieles»<sup>91</sup>.

Pero el alma sacerdotal no lleva consigo una participación de la potestad estrictamente sacerdotal, un acercamiento a las funciones propias del sacerdocio ministerial<sup>92</sup>. Los fieles se ofrecen a Dios uniéndose —*una cum ipso*— a lo que está realizando el sacerdote *in persona Christi*, pero ofrecen el sacrificio *per sacerdotis manus*<sup>93</sup>, manos que están ungidas específicamente para que en ese momento sagrado las preste a Cristo junto con su voz y con todo su ser<sup>94</sup>.

Este «misterio de fe y de amor» pide al fiel cristiano agradecimiento a la Trinidad Beatísima por el amor que se desborda de su vida íntima hacia los hombres<sup>95</sup>. La participación en la Santa Misa le enseñará a tratar a Dios<sup>96</sup> y a descubrir el profundo sentido sacerdotal que tiene su vida. Aprende cómo puede entregarse a Dios cada día con alegría y sin espectáculo, encuentra sentido de reparación para el esfuerzo noble de su trabajo, para superar las dificultades de todo tipo que halla en su camino. «Quizá no nos habíamos percatado de que podemos unir a su sacrificio reparador nuestras pequeñas renunciaciones: por nuestros pecados, por los pecados de los hombres en todas las

89. A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el Sacerdocio*, pp. 113-114.

90. *Sacerdote para la eternidad*, pp. 20 y 21.

91. INOCENCIO III, *De sacro Altaris mysterio*, 3,6 (citado por Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, AAS XXXIX (1947), p. 554).

92. «Apostolos ergo, non omnes fideles, ipse Christus fecit et constituit sacerdotes, eisque dedit sacrificandi potestatem» (Pío XII, Alloc. *Magnificate Dominum*, AAS XLVI (1954), p. 668).

93. Cfr. Pío XII, Enc. *Mystici Corporis*, AAS XXXV (1943), pp. 232-233.

94. Cfr. *Sacerdote para la eternidad*, p. 20.

95. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 85.

96. *Ibidem*, n. 88.



épocas, por esa labor malvada de Lucifer que continúa oponiendo a Dios su *non serviam!*»<sup>97</sup>.

Las partes que integran la Misa —Liturgia de la Palabra, Liturgia Eucarística—, encontrarán una prolongación a lo largo del día en el afán de dar a conocer la doctrina de Cristo a quienes le rodean, en el deseo de entregarse a sí mismo para gloria de Dios en el ejercicio de su trabajo profesional y de sus deberes familiares, y en las ansias de una mayor identificación con Cristo para ser *alter Christus, ipse Christus*.

## 2. *Alma sacerdotal y mentalidad laical*

La noción misma de alma sacerdotal tiene origen en las enseñanzas del Fundador del Opus Dei, y su aportación más genuina a la teología y a la espiritualidad será mostrar cómo se ha de llevar a cabo la mediación sacerdotal por la inmensa mayoría de los cristianos: *en medio del mundo*. «No me cansaré de repetir, por tanto, que el mundo es santificable; que a los cristianos nos toca especialmente esa tarea, purificándolo de las ocasiones de pecado con que los hombres lo afeamos, y ofreciéndolo al Señor como hostia espiritual, presentada y dignificada con la gracia de Dios y con nuestro esfuerzo»<sup>98</sup>.

Para referirse en términos expresivos al modo de poner en práctica esta misión hablará de la necesidad de que se realice con *mentalidad laical*, la propia del hombre que vive en el mundo y tiene como encargo divino sobrenaturalizar todo lo humano divinizándolo: «Con mentalidad plenamente laical, ejercitáis ese espíritu sacerdotal, al ofrecer a Dios el trabajo, el descanso, la alegría y las contrariedades de la jornada, el holocausto de vuestros cuerpos rendidos por el esfuerzo del servicio constante. Todo eso es *hostia viva, santa, grata a Dios: ése es vuestro culto racional* (Rom XII, 1)», afirmaba en 1945.

Mentalidad laical que es propia también del ámbito en que tiene lugar esta mediación: *nel bel mezzo della strada*, le gustaba decir en italiano: «Mientras desarrolláis vuestra actividad en la misma entraña de la sociedad, participando en todos los afanes nobles y en todos los trabajos rectos de los hombres, no debéis perder de vista el profundo sentido sacerdotal que tiene vuestra vida: debéis ser mediadores en Cristo Jesús, para llevar a Dios todas las cosas, y para que la gracia divina lo vivifique todo: *con mucho gusto gastaré cuanto tengo y me entregaré a mí mismo por las almas* (2 Cor XII, 15)», enseñaba en 1955.

Pone delante de la conciencia «la gran tarea que a cada uno de los cristianos ha sido encomendada por el Maestro: la de considerarnos y

97. *Amigos de Dios*, n. 140.

98. *Es Cristo que pasa*, n. 120.

la de portarnos como instrumentos suyos, para corredimir con El; la de consumir nuestra vida entera, en ese sacrificio gozoso de entregarnos por el bien de las almas»<sup>99</sup>.

Esta llamada fuerte al corazón de cada cristiano es presentada como un don de Dios, que ha de aceptarse en libertad: «Jesús ha querido hacer a cada hombre cooperador libre de su obra redentora (...). Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad. La salvación continúa y nosotros participamos en ella: es voluntad de Cristo que —según las palabras fuertes de San Pablo— cumplamos en nuestra carne, en nuestra vida, aquello que falta a su pasión, *pro Corpore eius, quod est Ecclesia*, en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia (cfr. Col 1,24)»<sup>100</sup>.

Su corazón sacerdotal vibra en deseos de que correspondan a este don divino, que escuchen esta invitación de Cristo, todos los hombres, puesto que a todos se dirige: «El ruego de Cristo se dirige a todos y a cada uno de los cristianos. Nadie está dispensado: ni por razones de edad, ni de salud, ni de ocupación»<sup>101</sup>.

La universalidad de esta llamada a la corredención en las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer es una consecuencia de la claridad y precisión teológica y jurídica con que plantea la igualdad radical de todos los fieles cristianos en la Iglesia, fundamentándola en sus aspectos más profundos: la identificación con Cristo que conlleva la participación en su misión redentora cada uno según su propia vocación específica, doctrina que será recogida años más tarde en el Concilio Vaticano II<sup>102</sup>.

Una manifestación más de la nueva profundidad con que vio la realidad del sacerdocio común de los fieles es el hecho de que haya hablado del alma sacerdotal en la mujer, en igualdad con el varón respecto a la dignidad de hijos de Dios y a la responsabilidad de vivir la vocación cristiana. Dos horas antes de dejar esta tierra, el 26 de junio de 1975, en continuidad con su enseñanza desde la fundación del Opus Dei, lo decía a un grupo de asociadas de la Obra de los cinco continentes: «Vosotras, por ser cristianas, tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo aquí»<sup>103</sup>.

Ha ilustrado de muchos modos esa verdad, precisando su contenido. En respuesta a una pregunta que le hicieron el 25 de junio

99. *Amigos de Dios*, n. 49.

100. *Es Cristo que pasa*, n. 129.

101. *Amigos de Dios*, n. 272.

102. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10; Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 7, y *Presbyterorum Ordinis*, n. 7. Vid. A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos en la Iglesia*, Eunsá, Pamplona, 1969.

103. S. BERNAL, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*. Ed. Rialp, Madrid, 1976, p. 86.

de 1974 dijo: «Yo en el altar, soy Cristo, no soy Josemaría. Tú eres mujer, pero tienes también alma sacerdotal, lo dice San Pedro: vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa... y lo dice a hombres y a mujeres, a todos los cristianos; por tanto eres *ipse Christus*, el mismo Cristo (...). Procura conocerle y asimilarlo y parecerle a El. Procura poner los pies donde los puso El. *Venite post me ...* Si alguien quiere venir detrás de mí, que tome su cruz».

Esta enseñanza manifiesta la armonía divina; surge no como fruto de un acertado equilibrio o respuesta a reivindicaciones humanas de ningún estilo, sino de la limpia compenetración amorosa con la voluntad de Dios, que ha querido positiva y directamente crear al hombre en esa diversidad de varón y mujer, y desea utilizarlos como instrumentos de corredención con sus peculiaridades. De ahí que afirme que «tanto el hombre como la mujer han de sentirse justamente protagonistas de la historia de la salvación, pero uno y otro de forma complementaria»<sup>104</sup>.

Ha sabido transmitir a multitud de personas la persuasión que tenía de que, con la gracia de Dios, la mujer está llamada, como el varón, a vivir el heroísmo cristiano de la continua fidelidad al deber de cada instante, participando de modo eficacísimo en la corredención de la humanidad entera. Así veía la auténtica «promoción» de la mujer en la vida de la Iglesia: «Corresponde a los millones de mujeres y de hombres cristianos que llenan la tierra, llevar a Cristo a todas las actividades humanas, anunciando con sus vidas que Dios ama a todos y quiere salvar a todos. Por eso la mejor manera de participar en la vida de la Iglesia, la más importante y la que, en todo caso, ha de estar presupuesta en todas las demás, es la de ser íntegramente cristianos en el lugar donde están en la vida, donde les ha llevado su vocación humana»<sup>105</sup>.

Y señalará con toda claridad que la mujer, como el varón, ha de cooperar en la obra de la salvación que Dios quiere seguir realizando en cada cristiano y a través de cada cristiano: «Cristianizar desde dentro el mundo entero, mostrando que Jesucristo ha redimido a toda la humanidad: ésa es la misión del cristiano. Y la mujer participará en ella de la manera que le es propia, tanto en el hogar como en las otras ocupaciones que desarrolle, realizando las peculiares virtualidades que le corresponden»<sup>106</sup>.

Desde los comienzos de su labor sacerdotal propondrá como modelo especialmente adecuado para aprender a llevar a cabo esta inefable tarea a Santa María, Madre de Dios, Corredentora: «Tenéis el

104. *Conversaciones*, n. 14.

105. *Ibidem*, n. 112.

106. *Ibidem*.



privilegio de que Dios escogió a una mujer para Madre suya: la siempre Virgen, nuestra Madre Santa María, que permaneció al pie de la Cruz, con reciedumbre, con amor. De Ella aprendéis a ser corredentoras. No podéis recibir el Sacramento del Orden, pero con vuestras ansias de adorar a Dios, de reparar, de agradecer, de impetrar, ponéis lo que falta —como afirma San Pablo— a la Pasión de Cristo: *et adimpleo, ea quae dessunt passionum Christi in carne mea pro corpore eius, quod est Ecclesia* (Col I,24)», afirmaba en 1974 durante uno de sus viajes de catequesis en América.

El marco en que la Santísima Virgen llevó a cabo su misión corredentora le constituye en modelo particularmente expresivo para el alma sacerdotal de la mujer cristiana: el hogar de Nazareth. Las tareas de una madre de familia se han convertido en lugar privilegiado de unión con Dios y de entrega generosa por la humanidad entera. «No olvidemos que la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!» <sup>107</sup>.

El hogar, la dedicación a su familia será también para la mujer cristiana marco de privilegio para poner en ejercicio su alma sacerdotal, aunque desarrolle su actividad también en otros ambientes <sup>108</sup>.

Juan Pablo II invitaba a un grupo de asociadas del Opus Dei a dirigir su mirada a este modelo, glosando algunas enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer, que sintetizan gráficamente el contenido del alma sacerdotal del fiel cristiano corriente: santificar la propia tarea redimiéndola, unión contemplativa y entrega a Dios a través del trabajo y preocupación apostólica. «Santa María, Virgen y Madre, es el modelo perfecto de la mujer cristiana. Pensad que la Santísima Virgen pasó por esta tierra santificando la vida ordinaria: la vida ordinaria de la familia y del trabajo. Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar a los demás con el trabajo. Son palabras de vuestro Fundador: ésta es la esencia del Opus Dei y lo que la Iglesia espera de vosotras» <sup>109</sup>.

107. *Es Cristo que pasa*, n. 148.

108. Cfr. *Conversaciones*, nn. 87 - 112.

109. JUAN PABLO II, *Homilía*, 5-VIII-1980.

### 3. *Ámbito en que se pone en ejercicio el alma sacerdotal*

La realización del trabajo profesional es ámbito especialmente apto para el ejercicio del sacerdocio común de los cristianos: «Al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora»<sup>110</sup>. Por eso: «Este es nuestro sitio: dentro de estos límites; aquí hemos de gastarnos diariamente con El, ayudándole en su labor redentora»<sup>111</sup>.

Para que pueda incorporarse al fin sobrenatural de la Redención, el trabajo ha de ser realizado con unas características bien precisas: *con perfección humana; competencia profesional y perfección cristiana; por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres*. Cualquier trabajo humano honesto vivido así y ofrecido a Dios por un cristiano en estado de gracia, es verdadero sacrificio espiritual para gloria de Dios: «Por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales —a manifestar su dimensión divina— y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei, opus Dei*»<sup>112</sup>.

Una componente esencial en la realización del trabajo, para que se ensamblen en él esas características que señala el Fundador del Opus Dei, es la unión con Dios vivida en medio del mundo: «contemplativos en medio del mundo», era la expresión que solía utilizar. Esta unión con Dios será fuerza que haga posible sobrenaturalizar, divinizar las tareas humanas incorporándolas al fin de la Redención; sin ella se rebajaría una misión divina, la que Dios propone al cristiano, reduciéndola al orden temporal. Es preciso que la oración y el sacrificio

110. *Es Cristo que pasa*, n. 47.

111. *Amigos de Dios*, n. 49.

112. *Conversaciones*, n. 10. Vid. *Es Cristo que pasa*, homilía: *En el taller de José*. Sobre este aspecto central de la enseñanza del Fundador del Opus Dei, vid. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Madrid, 1980 y P. RODRÍGUEZ, «Camino» y *la espiritualidad del Opus Dei*, «Teología espiritual», 9 (1965), pp. 213-245. El Concilio Vaticano II, años más tarde ha puesto de manifiesto que todos los fieles cristianos deben conocer la naturaleza íntima de las cosas y su posibilidad de ordenarlas para la gloria de Dios: «Fideles igitur totius creaturae intimam naturam, valorem et ordinationem in gloriam Dei agnoscere, et per opera etiam saecularia se invicem ad sanctiorem vitam adiuvare debent, ita ut mundus spiritu Christi imbuatur atque in iustitia, caritate et pace finem suum efficacius attingat» (CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 36). Porque el plan de Dios es que los hombres instauren con espíritu de concordia el orden temporal y lo perfeccionen sin cesar: «Circa mundum vero consilium Dei est, ut homines concordii animo ordinem rerum temporalium instaurent iugiterque perficiant» (Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 7).



estén presentes de modo constante en el trabajo y en la vida entera para que éstos a su vez se conviertan en servicio y entrega a Dios.

Cuando el *alma sacerdotal* se vive con *mentalidad laical* en unidad de vida, es posible alcanzar lo que ha vivido el Fundador del Opus Dei y enseñado a vivir a multitud de personas: que la entera existencia se convierta en oración, en sacrificio y en servicio. Queda superado también el peligro de entender la misión corredentora del cristiano —el alma sacerdotal— como asunción de algunas tareas que son más propias del sacerdocio ministerial o que, salvo caso de necesidad, son ejercidas de modo más conveniente por los sacerdotes, como está previsto en las disposiciones del Magisterio de la Iglesia <sup>113</sup>.

Las relaciones con todas las personas que le rodean son ocasión para el cristiano de encuentro con Dios y de darle a conocer, con el ejemplo y la palabra. «Con ocasión de esa labor, en la misma trama de las relaciones humanas, habéis de mostrar la caridad de Cristo y sus resultados concretos de amistad, de comprensión, de cariño humano, de paz. Como Cristo *pasó haciendo el bien* (Act X, 38) por todos los caminos de Palestina, vosotros en los caminos humanos de la familia, de la sociedad civil, de las relaciones del quehacer profesional ordinario, de la cultura y del descanso, tenéis que desarrollar también una gran siembra de paz» <sup>114</sup>.

En infinidad de ocasiones, Mons. Escrivá de Balaguer se refiere a la vida de las familias cristianas en las que, a imitación de la Sagrada Familia de Nazareth, se encuentran tantas oportunidades que facilitan la realización de actos muy propios del sacerdocio: abnegación, sacrificio gustoso, comprensión de las debilidades ajenas... <sup>115</sup>. Sin que sea un comportamiento exclusivo de ellas, ¡cuántas veces pondrá como ejemplo de entrega generosa a las madres de familia!, recordando también sin duda el ejemplo alegremente heroico de su madre, y de toda su familia. «¿Cuántas madres has conocido tú como protagonistas de un acto heroico, extraordinario? Pocas, muy pocas. Y, sin embargo, madres heroicas, verdaderamente heroicas, que no aparecen como figuras de nada espectacular, que nunca serán noticia —como se dice—, tú y yo conocemos muchas: viven negándose a toda hora, re cortando con alegría sus propios gustos y aficiones, su tiempo, sus posibilidades de afirmación o de éxito, para alfombrar de felicidad los días de sus hijos» <sup>116</sup>.

113. Cfr. por ejemplo, S. C. C. D., Instr. *Inaestimabile donum*, 3-IV-1980, nn. 9 y 10.

114. *Es Cristo que pasa*, n. 166.

115. Recientemente recordaba Juan Pablo II que en la familia «está el primer lugar para el apostolado cristiano de los laicos y el sacerdocio común a todos los bautizados» (Homilía pronunciada en Colonia, 15-XI-80, n. 7, «L'Osservatore Romano», 16-XI-80).

116. *Amigos de Dios*, n. 134.



Una manifestación muy específica del alma sacerdotal es fomentar la auténtica caridad, la comprensión, la mutua disculpa entre personas de todas las razas, países, realizando una siembra constante de paz y alegría que facilite la extensión del Reino de Cristo: «A esto hemos sido llamados los cristianos, ésa es nuestra tarea apostólica y el afán que nos debe comer el alma: lograr que sea realidad el reino de Cristo, que no haya más odios ni más crueldades, que extendamos en la tierra el bálsamo fuerte y pacífico del amor. Pidamos hoy a nuestro Rey que nos haga colaborar humilde y fervorosamente en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina, de reconstruir la concordia de todo lo creado» <sup>117</sup>.

Para poder «redimir, santificar su propio tiempo» <sup>118</sup>, el cristiano ha de abrir su corazón a todos, primero a los que tiene cerca, y progresivamente se irá ensanchando a la medida del Corazón de Cristo hasta «sentir también sobre nosotros el peso de la humanidad entera» <sup>119</sup>.

El trabajo santificado y santificador, las relaciones familiares, profesionales, sociales, todo en la vida del cristiano puede ser ámbito propicio para su mediación entre Dios y los hombres, lugar de encuentro con Dios y motivo para darle a conocer: «Debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle *en y desde* las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir» <sup>120</sup>.

Con su enseñanza, Mons. Escrivá de Balaguer ha presentado re-sueltos desde su misma raíz falsos dilemas que se han planteado en diversos momentos de la vida de la Iglesia —no sólo en los años anteriores o posteriores al Concilio Vaticano II—, como fruto de clericalismos o laicismos de diverso corte y que reflejan en ocasiones ausencia o debilitamiento de virtudes sobrenaturales y humanas o bien simple ignorancia en algunos casos <sup>121</sup>.

117. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

118. *Ibidem*, n. 132.

119. *Ibidem*, n. 97.

120. *Conversaciones*, n. 114.

121. Comentaba en 1967 que, a pesar de que el Concilio Vaticano II ha dado luz sobre muchas cuestiones relacionadas con este tema, se requerirá bastante tiempo antes de que sean vida en todo el Pueblo de Dios: «Hoy, después de las solemnes enseñanzas del Vaticano II, nadie en la Iglesia pondrá quizá en tela de juicio la ortodoxia de esta doctrina. Pero ¿cuántos han abandonado realmente su concepción

Se advierte también su inteligencia egregia desde la que descubre la sabiduría sobrenatural y humana —amor a Dios, humildad, sentido común—, que se precisan para *saber estar en el propio sitio* <sup>122</sup>, sin dejarse deslumbrar por el brillo de tareas ajenas al querer de Dios para cada uno; la incapacidad para saber ocupar el propio puesto origina desquiciamientos de diversos matices, dando lugar, por ejemplo, al triste espectáculo del laico clerical o del sacerdote representando el papel de laico, caricaturas que no entrañan ninguna eficacia para la vida real.

Parte importantísima de la mentalidad laical con que se viva el alma sacerdotal será la sabiduría de permanecer en el propio sitio, descubriendo en él y desde él la riqueza de perspectivas que Dios ofrece al cristiano que toma como modelo a Jesucristo, *Perfectus Deus, Perfectus Homo* y decide con sencillez «vivir responsablemente los compromisos y exigencias bautismales» <sup>123</sup>.

Este modo divino de vivir la vida humana es una manifestación conmovedora de la misericordia de Dios, que se acerca paternalmente para ofrecer a sus hijos la misma vida y la misma misión de Cristo: «Os dije al comienzo que mi palabra querría anunciaros algo de la grandeza y de la misericordia de Dios», concluye en una homilía del 8 de octubre de 1967. «Pienso haberlo cumplido, al hablaros de vivir santamente la vida ordinaria: porque una vida santa en medio de la realidad secular —sin ruido, con sencillez, con veracidad—, ¿no es hoy acaso la manifestación más conmovedora de las *magnalia Dei* (Eccli 18,4), de esas portentosas misericordias que Dios ha ejercido siempre, y no deja de ejercer, para salvar al mundo?» <sup>124</sup>.

única del apostolado de los laicos como una labor pastoral *organizada de arriba abajo*? ¿Cuántos, superando la anterior concepción *monolítica* del apostolado laical, comprenden que pueda y que incluso deba también haberlo sin necesidad de rígidas estructuras centralizadas, misiones canónicas y mandatos jerárquicos? ¿Cuántos que califican al laicado de *longa manus Ecclesiae*, no están confundiendo al mismo tiempo en su cabeza el concepto de Iglesia-Pueblo de Dios con el concepto más limitado de Jerarquía? O bien ¿cuántos laicos entienden debidamente que, si no es en delicada comunión con la Jerarquía, no tienen derecho a reivindicar su legítimo ámbito de autonomía apostólica? Consideraciones semejantes se podrían formular en relación a otros problemas, porque es realmente mucho, muchísimo, lo que queda todavía por lograr, tanto en la necesaria exposición doctrinal, como en la educación de las conciencias y en la misma reforma de la legislación eclesial. Yo pido mucho al Señor —la oración ha sido siempre mi gran arma— que el Espíritu Santo asista a su Pueblo, y especialmente a la Jerarquía, en la realización de estas tareas. Y le ruego también que se siga sirviendo del Opus Dei, para que podamos contribuir y ayudar, en todo lo que esté de nuestra parte, a este difícil pero estupendo proceso de desarrollo y crecimiento de la Iglesia» (*Conversaciones*, n. 21).

122. Cfr. *Camino*, nn. 832 y 837.

123. *Conversaciones*, n. 22.

124. *Ibidem*, n. 123.



#### IV. MARÍA SANTÍSIMA, MODELO PARA EL ALMA SACERDOTAL DEL CRISTIANO

Santa María ha recibido la más alta participación en el Sacerdocio de Cristo, en un orden superior tanto al sacerdocio común como al sacerdocio ministerial. La Santísima y siempre Virgen María fue Corredentora desde el momento en que con su *fiat* abrió camino en el tiempo a la Redención de Cristo <sup>125</sup>.

A lo largo de toda su vida, en unión con su Hijo dirigió hacia el fin de la Redención todos sus dolores y alegrías <sup>126</sup>. Sufre y goza en su alma cada uno de los instantes de la vida de Cristo Jesús; el delicado modo de estar junto a su Hijo pone de manifiesto que está en perfecta sintonía con sus ansias redentoras <sup>127</sup>. «Los textos de las Sagradas Escrituras que nos hablan de Nuestra Señora, hacen ver precisamente cómo la Madre de Jesús acompaña a su Hijo paso a paso, asociándose a su misión redentora, alegrándose y sufriendo con El, amando a los que Jesús ama, ocupándose con solicitud maternal de todos aquellos que están a su lado» <sup>128</sup>.

Como la vida de Cristo se dirige toda ella hacia la Cruz, donde lleva a su término el sacrificio de la Redención, también María Santísima ejerce principalmente su misión corredentora *iuxta crucem Iesu*. «Nuestra Señora escuchaba las palabras de su Hijo, uniéndose a su dolor: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mt XXVII, 46). ¿Qué podía hacer Ella? Fundirse con el amor Redentor de su Hijo, ofrecer al Padre el dolor inmenso —como una espada afilada— que transpasaba su Corazón puro» <sup>129</sup>.

Por esa singular participación en la obra redentora, la Madre de Dios es también Medianera universal de todas las gracias, de modo secundario y subordinado a Cristo según el beneplácito divino <sup>130</sup>.

La Madre del Redentor conoce en su Hijo todas las necesidades de cada una de las criaturas <sup>131</sup> y puede rogar ante Dios de continuo por todas ellas <sup>132</sup>. Intercede, sobre todo, para que Dios infunda en las almas de los cristianos los mismos afanes de corredención que impi-

125. Cfr. *Camino*, n. 512.

126. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 61-62.

127. Cfr. *Camino*, n. 507.

128. *Es Cristo que pasa*, n. 141.

129. *Amigos de Dios*, n. 288.

130. Cfr. LEÓN XIII, Enc. *Supremi apostolatus*, 1-IX-1883 y Enc. *Fidentem piumque*, 20-IX-1896; S. Pio X, Enc. *Ad diem illum*, 2-II-1904; CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 58.

131. Cfr. *S. Th.*, II-II, q. 83, a. 4, ad 2; *In IV Sent.*, d. 45, q. 3, a. 1.

132. Cfr. PABLO VI, Exhort. apost. *Signum magnum*, 13-V-1967.



mió en la suya, y se enciendan en deseos de entregar la vida entera a la tarea de rescatar para Dios las personas y las situaciones humanas <sup>133</sup>.

La Virgen Santísima, Corredentora y Mediadora entre Dios y los hombres, es modelo, unido y subordinado al de Cristo, de alma sacerdotal, para cada uno de los hombres y mujeres sellados con el carácter del Bautismo y de la Confirmación. «Mientras estaba en las cosas de la tierra, permanecía pendiente de Dios. Cristo, *perfectus Deus, perfectus homo* (Símbolo *Quicumque*), quiso que también su Madre, la criatura más excelsa, la llena de gracia, nos confirmase en ese afán de elevar siempre la mirada al amor divino» <sup>134</sup>.

Su participación humilde, discreta y eficacísima en la tarea redentora «contenta de estar allí, donde la quiere Dios» <sup>135</sup> es la mejor esperanza para quienes desean seguir en la tierra las amabilísimas huellas que han dejado Cristo Redentor y la Madre de Dios y de los hombres. «Esta es la misteriosa economía divina: Nuestra Señora, hecha partícipe de modo pleno de la obra de nuestra salvación, tenía que seguir de cerca los pasos de su Hijo: la pobreza de Belén, la vida oculta de trabajo ordinario en Nazareth, la manifestación de la divinidad en Caná de Galilea, las afrentas de la Pasión y el Sacrificio divino de la Cruz, la bienaventuranza eterna del Paraíso.

»Todo esto nos afecta directamente, porque ese itinerario sobrenatural ha de ser también nuestro camino. María nos muestra que esa senda es hacedera, que es segura» <sup>136</sup>.

133. Cfr. *Es Cristo que pasa*, nn. 139 y 149.

134. *Amigos de Dios*, n. 241.

135. *Es Cristo que pasa*, n. 148.

136. *Ibidem*, n. 176.